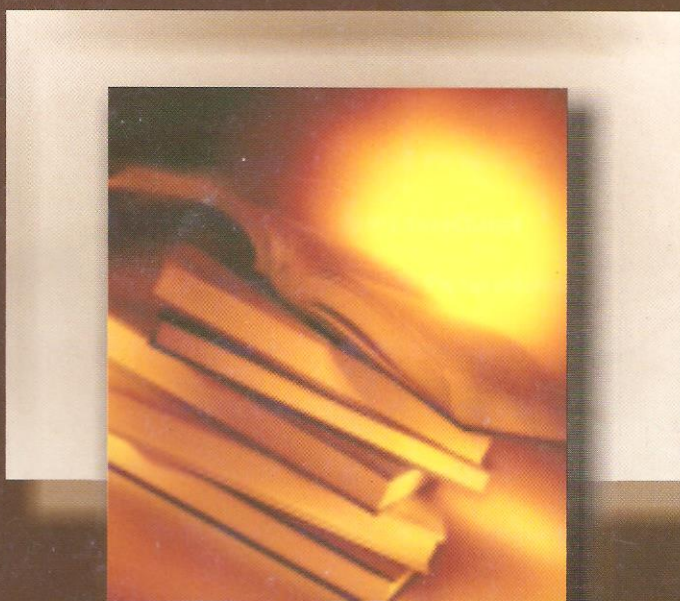


CUENTO BREVE  
Y POESÍA



I CONCURSO BIENAL AÑO 2002



Subsecretaría de Cultura  
Gobierno de la Provincia  
de Buenos Aires



Honorable Cámara  
de Diputados de la  
Provincia de Buenos Aires

Zyta Donnamaría de Mallaviabarrena  
Rivadavia

## LA ODISEA DE JACINTA

**J**acinta se ha decidido.

Mañana bien temprano partirá. Nadie sabe lo que esta mujer planea.

Prepara los yuyos que llevará con ella, el cuchillo, el cuero, la vieja enagua, chucherías que recoge aquí y allá, una cantimplora llena de agua, galletas, y charqui. No puede cargarse mucho, sólo lo indispensable.

Amanece. No ha dormido mucho la mujer: repasó punto por punto lo que tiene que hacer una y mil veces. Ella sabe que con las primeras luces del alba el centinela observará el paisaje infinito, principalmente hacia el poniente; que no perderá detalle. Y también sabe que dentro de un rato lo vencerá el cansancio acumulado en una larga y vigilante noche, y que entonces cabeceará un sueñito en el mangrullo hasta que llegue el relevo. Minutos preciosos. Ella saltará el vallado, justo detrás del rancho recién abandonado por la milicada. Si llegan a verla estará perdida. En cambio no notarán su ausencia hasta el mediodía, y no la buscarán mucho tampoco, pensarán que duerme en algún rincón.

Ella no puede admitir que Juan sea alimento para los caranchos más allá del cañadón. Algo le dice que Juan vive. Y no lo va a abandonar. Aunque el Sargento asegure que “un indio lo achuró, mandándolo al otro mundo”, no lo puede creer ni aceptar.

Observa el cielo; los azules intensos de la noche se tornan violáceos ; rojos y anaranjados anuncian un día despejado. Es el momento. Aprovecha. Agilmente gana el exterior del Fortín. Ahora respira hondo. Está más sola que nunca. Agachándose, reptando casi, busca el amparo de las matas. Procura

mover el cardal lo menos posible. Sabe que el más insignificante movimiento, puede ser advertido y sembrar alarma en el Fortín.

Es que el susto fue grande esta vez. La línea de Fortines, rodeada por la zanja que mandó a cavar Alsina es un permanente desafío para los indios. La refriega resultó corta, pero sangrienta. Este malón dejó alertada a la tropa. El ataque sorpresivo, feroz, produjo las primeras bajas, pero también una inmediata reacción. Si las mujeres cuarteleras no hubieran estado atentas para preparar la caballada, recargar fusiles, abrir los portones en el momento justo, quien sabe si la indiada se hubiera retirado y huído; fue perseguida hasta las cercanías de una salina en estruendosa carga del Batallón. Y según cuentan, un indio retrasado viéndose perdido, se volvió y “ensartó” a Juan; luego cayó de su caballo y murió al ser alcanzado por un chumbazo. - ¡Maldito infiel! Mil veces lo hubiera matado yo –se dice la mujer.

-Pero Juan no murió –piensa Jacinta- Está vivo y me necesita; él es un hueso duro de roer.

Lleva dos horas alejándose hacia el oeste. Sigue moviéndose con cuidado, pero un poco más tranquila cuando imprevisamente, allá delante, un tero vuela en estampida, chillando repetidamente.

-¡Caracho! Esto le avisa a cualquiera –piensa sorprendida. Se agacha, se tapa lo mejor que puede con el cuero; el instinto le dice: ¡Quieta!

Cuando cree pasado el peligro que imaginó, cuando ningún ruido parece anormal, cuando sólo el zumbido de abejas o avispas se atreve a romper el silencio retoma la marcha; ahora con ánimo camina más segura.

Ya divisa los juncos y las totoras; anuncian la cercanía del cañadón. El apuro la hace correr casi. Esquiva yuyos, piedras, las largatijas huyen ante su paso y justo allí, tras las primeras cortaderas se apareció el ranquel.

Se midieron con la mirada. Sorprendida la de Jacinta. Curiosa y ¿por qué no? golosa la del indio.

Jacinta afloja su endurecimiento inicial; no gana nada si demuestra su cólera. Seguramente hace un rato que la observa y la espera, mientras ella se acercaba sin presumir su presencia.

Pero la actitud sumisa de la mujer, su rostro anguloso, sus ojos achinados, su aspecto, su cabello, confunden al hombre. No obstante, con la rapidez de un gato montés se abalanza, tira al suelo a esta hembra desprotegida, y la viola con furia animal.

Jacinta lo deja hacer mientras busca en la bolsita su cuchillo. Cuando lo encuentra, con una sonrisa placentera hace rodar al indio para rematarlo con un certero chuzazo al corazón. -No será el primer maldito bicho que mato-, se dijo mientras con prontitud se incorpora. La mirada, asombrada primero, y vidriosa después, de esos ojos hace un rato tan ladinos, le indican que el golpe resultó como “a medida”.

Tiene que huir de allí. Corre. Se apacigua. Corre nuevamente, tropieza, se levanta, camina. El sol dice que el mediodía va pasando; sus rayos acentúan el cansancio que de golpe invade a Jacinta. Tendrá que descansar si quiere llegar hasta donde Juan la espera.

A la escasa sombra que le brinda un retamo tiende su cuero y se acurruca; se sacude la ropa como queriendo sacarse de encima todo rastro de ese indio asqueroso.

-¿Asqueroso? -Surge sin querer la pregunta. Después de todo ella tiene algo de india. En sus venas corre un hilito de sangre puelche. Su mamá se lo contó una vez. Tal vez por éso su cabello es duro como la crin del caballo. -Pero yo soy blanca, en estos tiempos que corren mejor es ser blanca- se dice. Lo importante en estas vastas soledades es sobrevivir. Claro que a Dios habrá que...-Pero, ¿Tendrá alma el indio? Tal vez no.

Lo mejor será considerar el hecho como un servicio de guerra y ¡Listo!.

Mira fijamente hacia el oeste; el campo se agobia bajo el sol de la siesta. La ondulación del aire caliente hace temblar la punta de los juncos, los hace bailar; crea espejos y más allá está Juan -¡Juan, allá voy!- quiere gritar.

Reúne sus cosas y sigue su camino.

Atraviesa ese cañadón seco y tras el repecho busca con los ojos una señal. A unos doscientos metros ve aves volando en círculos -¡No, a Juan no!- grita y corre.

Corre y olvida toda precaución. Corre y escucha quejidos. Se detiene de golpe; sí, son quejidos: es Juan. Lo busca a su alrededor con impaciencia, hasta que lo encuentra. Está tendido, boca abajo, respira con dificultad, se queja.

-Juan!, ¡Juan! -le dice casi al oído. -Soy yo, Jacinta, -y lo da vuelta. Queda a la vista la tremenda herida que desgarrar el vientre de Juan. Cosas peores ha visto Jacinta. Sin amilanarse saca la enagua blanca de la bolsa; hace largas tiras y con cuidado infinito limpia y venda al soldado, no sin antes ponerle los yuyos que también trajo consigo; le

moja los labios con el agua, le moja la frente, le hace masajes en las manos, le habla bajo con mucha ternura; los ojos de Juan persiguen el rostro moreno, parece que quiere sonreír. En un momento sus manos aferran las de Jacinta con fuerza.

Con solicitud extrema lo coloca sobre el cuero; aunque no quiera el hombre se queja; Jacinta toma su bolsa, la pone entre las piernas de Juan y comienza a tirar de los extremos, de lo que fueron las patas del animal; camina con determinación..

Despacio, lentamente comienza su recorrido. Juan se queja, pero ya va a pasar el dolor.

Con la suave melancolía que da el atardecer, con la serenidad que el campo le confiere sonríe pensando qué harán en el Fortín? ¿Habrán pensado que está escondida masticando su dolor? No es de esas. Ella es pura acción.

Camina. Se detiene, acomoda a Juan. Saca piedras para alisar el camino. Tira, se esfuerza. Camina. Juan se queja. El crepúsculo solemne pinta el cielo a sus espaldas. Al frente la noche comienza a derramar sus sombras. No tiene miedo. -¿Qué más me puede pasar?- se pregunta.; los ruidos cambian, el murmullo de un aleteo delata la presencia de una lechuza, los cuises se cruzan con total desenfado, ¿acaso lo que brilla serán los ojos de un zorro que espía? -¡Qué no chille la lechuza, Dios mío! Será señal de desgracia. ¡Por Dios, que no chille!-, ruega en silencio. Juan se queja. Remoja sus labios secos, acomoda su cuerpo en el cuero. El hombre se empeña en sostener sus manos con fuerza, Jacinta aprovecha para hablarle un poco; lo alienta, le asegura que estará mejor y para distraerlo se pone a hacer planes sobre la vida futura de los dos; le dice que, cuando haya pasado el tiempo que debe cumplir en el Fortín se buscarán un conchabo y, en un ranchito prolijo, comenzarán a criar hijos como debe ser. -¿Me lo prometés Juan?- pregunta mimosa. Juan dice que sí con un apretón de manos más fuerte.

Sigue andando. Poco a poco su caminar se hace más lento ¡Está tan cansada! El esfuerzo es enorme. Si pudiera descansar... apoya su brazo en una rama, cae su cabeza sobre él y dormita un poco. O mucho. No sabe.

Cuando abre los ojos una nube roja marca el horizonte. El Fortín no está lejos. Observa a Juan, él también se ha dormido ¡Qué suerte! Emprende su fajina. Ahora con más espíritu. La meta está más cerca. Tira de su carga. Ya llegará.

Jacinta revive las últimas horas de marchas, miedos, ilusiones,

acechos, disgustos. No es nada. Lo importante es que rescató a Juan.

Su fatigoso andar no guarda prudencia alguna. Si la ve el centinela pondrá atención en los movimientos. Gira la cabeza. -¡Vamos Juan, no aflojes ahora!- le grita mientras apura el paso.

Busca al Fortín con la mirada ¡Vaya sorpresa! Algo se mueve. Observa bien: son dos caballos que a galope tendido vienen en dirección a ellos., ¿Quién los monta? -¡Anima bendita! ¿No será el diablo? Vienen para acá- Jacinta se confunde en ese cabildeo de ideas.

-¡Vamos Jacinta! -dice el Sargento Díaz- Apurate, montá pronto que en el sur hierven las lanzas ¿No te has fija'o?

-No!, pero el Juan está mal...¡ cuidado! -contesta.

-Mirá, de aquí hay que salir muy rápido -conforma el sargento- Diciendo esto levanta a Jacinta en ancas y carga al hombre en cruz sobre el otro caballo, emprendiendo a toda carrera el regreso.

La mujer ni respira. -¡Juan! ¡No te mueras!... Tenés que cumplir tu promesa; ¡ me lo prometiste Juan.!...-solloza.

Entran sin tomar resuello, se cierran los portones y comienzan los preparativos para resistir un nuevo ataque. Nadie repara en ellos.

Todo es corridas, gritos, disparos, confusión, olor a pólvora. En medio del fragor Jacinta acaricia el rostro sufrido del maltrecho soldado. Cuando todo termina se prepara una gran fosa. A ella van a parar, tras un recatado rezo, seis muertos. Uno de ellos es Juan.